

Historias de El Niño

El Fenómeno El Niño en Lambayeque. Voces y miradas desde la Escuela



Fernández, Gonzalo; Medina, Juvenal (comp.) *Historias de El Niño. El fenómeno El Niño en Lambayeque. Voces y miradas desde la escuela*. Lima: Soluciones Prácticas, 2010.

72 pp.

FENÓMENO EL NIÑO / DESASTRES / DESASTRES NATURALES / CUENTOS / PE: Lambayeque

124.110 /M36

Clasificación SATIS. Descriptores OCDE

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010- 09070

Primera edición: 2010

©Soluciones Prácticas

Razón social: Intermediate Technology Development Group, ITDG

Domicilio: Av. Jorge Chávez 275, Miraflores. Casilla postal 18-0620 Lima 18, Perú

Teléfonos: (51-1) 444-7055, 242-9714, 447-5127 Fax: (51-1) 446-6621

Correo-e: info@solucionespracticas.org.pe

www.solucionespracticas.org.pe

Compilación: Gonzalo Fernández, Juvenal Media

Primera revisión de manuscritos: Luciano Morales

Colaboradores: Marco Urruchi, Nolberto Núñez, Wendy Paredes

Coordinación y corrección de estilo: Mario Cossío

Diseño y diagramación: Miluska Ruiz de Castilla

Ilustraciones: Willy Zabarburú

Producido en Perú, julio de 2010

El presente documento ha sido elaborado con la contribución financiera de la Comunidad Europea. Ésta no se hace responsable de las opiniones aquí recogidas, que no reflejan su posición oficial.

El presente documento fue elaborado en base a los relatos escolares que resultaron ganadores en el primer concurso de cuentos *Recuperando vivencias y experiencias de preparación ante el Fenómeno El Niño*, realizado en instituciones educativas del departamento de Lambayeque, en coordinación con la UGEL Lambayeque, en el marco del proyecto DIPECHO *Desarrollo de capacidades comunitarias para la reducción de riesgos, preparación y respuesta ante emergencias en Lambayeque* ejecutado por **Soluciones Prácticas** (antes ITDG) y el CES Solidaridad.

HISTORIAS DE EL NIÑO

**El Fenómeno El Niño en Lambayeque.
Voces y miradas desde la escuela**

Índice

Agradecimientos	7
Presentación	8
Prólogo	9
Luchar contra la corriente (Judith Chapoñán)	11
Lluvias torrenciales, tristezas y desgracias (José Riojas)	18
Lluvias fuertes, lágrimas abundantes (Ericson Sánchez)	22
Dios perdona, la naturaleza no (Luis Chozo)	25
Recuerdos de dolor y desesperación (Katherine Carrión)	28
La lluviosa experiencia de Pisci (Lizandra Burga)	33
No revivamos la tragedia (Joel Monterrey)	36
Monte Hermoso, caserío forjado por las Lluvias (Andrés Pizarro)	41
La esperanza de mi pueblo (Frank Chimpén)	44
Lluvias de verano (Marianela Cúneo)	48
Lluvia de amor (Alejandra Latorre)	52
El velo oscuro de Islumesi (Isabel Mendoza)	56
Un hecho jamás olvidado (Gerladine Damián)	62
No esperemos que haya muertes (Diego Nizama)	64
Superando el Fenómeno El Niño (Vivian de la Cruz)	67
Desastre en Túcume (Diana Vásquez)	69

Agradecimientos

Quisiéramos expresar nuestro profundo agradecimiento a toda las comunidades educativas de los distritos de Mórrope, Túcume, Illimo y Picsi en Lambayeque y especialmente a las 15 instituciones educativas que fueron seleccionadas como pilotos para desarrollar la experiencia educativa con el proyecto *Desarrollo de capacidades comunitarias para la reducción de riesgos, preparación y respuesta ante emergencias en Lambayeque*, con quienes se realizó el concurso escolar de relatos *Recuperando vivencias y experiencias de preparación y respuesta ante el Fenómeno El Niño*. Un merecido y especial reconocimiento a los directores, docentes y tutores quienes orientaron e incentivaron a los niños y adolescentes a participar en este concurso.

Hacia todos los alumnos participantes van nuestras felicitaciones por compartir las vivencias de sus padres y los aprendizajes expresados en sus relatos, que nos permite imaginar y entender mejor lo ocurrido en aquellos fatídicos días que la población lambayecana vivió con el Fenómeno El Niño. Estos relatos son sin duda un valioso aporte para la comprensión y valoración de lo que significa este fenómeno como factor de riesgo de desastres pero también como oportunidad para las poblaciones ubicadas en esta macroregión semiárida del norte del Perú.

No podemos dejar de mencionar el valioso apoyo que nos han brindado los señores miembros del jurado calificador de los relatos: Xenia Guerrero de la UGEL Lambayeque, Segundo Alarcón y Lucrecia Guerrero del Consejo participativo regional de educación de Lambayeque y Marco Carbonel del proyecto Dipecho Lambayeque. Ellos han tenido la difícil tarea de seleccionar los ganadores entre todos los relatos presentados. Del mismo modo, la gentil colaboración de Luciano Morales, responsable de la revisión de los manuscritos.

Finalmente, quisiéramos agradeceremos a las oficinas técnicas de Defensa Civil de los distritos y a los miembros del equipo Dipecho Lambayeque, quienes también sumaron esfuerzos y dedicación para el desarrollo y la exitosa culminación del concurso. Especialmente a Gonzalo Fernández, Marco Urruchi, Nolberto Nuñez y Wendy Paredes.

Ángel Fernández
Jefe de proyecto
CES Solidaridad

Juvenal Medina
Jefe de proyecto
Soluciones Prácticas



Presentación

El presente documento contiene un conjunto de relatos escolares centrados en el tema del Fenómeno El Niño en Lambayeque, elegidos en un concurso escolar realizado dentro de las actividades del proyecto *Fortalecimiento de capacidades locales y comunitarias de respuestas ante desastres en el departamento de Lambayeque*, co-ejecutado por el Centro de estudios sociales Solidaridad y **Soluciones Prácticas** (antes ITDG), en convenio con las municipalidades distritales de Illimo, Túcume, Mórrope y Picsí. El propósito del proyecto es fortalecer las capacidades comunitarias y de las instituciones locales para responder a desastres desencadenados por inundaciones asociadas a la variabilidad climática extrema y la presencia del Fenómeno El Niño en Lambayeque.

El primer concurso de relatos escolares fue organizado para lograr que las comunidades educativas (estudiantes, docentes, padres de familia) compartan, a través de cuentos, sus vivencias personales, familiares y comunitarias sobre las manifestaciones del Fenómeno El Niño en sus distritos, caseríos y escuelas, los efectos positivos y negativos que tuvo y las formas en las que se prepararon, cómo lo enfrentaron y cómo superaron la situación de crisis hasta llegar a las condiciones de normalidad.

Ante el anuncio de un nuevo Fenómeno El Niño, es necesario saber cuál es la visión de los niños y jóvenes desde sus escuelas, a fin de contar con información básica que nos permita ir avanzando en el desarrollo de estrategias para mitigación ante desastres climáticos extremos y una cultura de prevención en la sociedad promovida desde la escuela.

Esta publicación está dirigida a la comunidad educativa y población en general, esperando que su lectura sirva como una referencia para conocer y valorar los desastres y escenarios de riesgos relacionados con la recurrencia del Fenómeno El Niño en Lambayeque, estimulando en la comunidad una actitud proactiva ante los riesgos de desastres y promoviendo prácticas que mejoren o armonicen la relación de la sociedad con su entorno.

Finalmente, quisiéramos dar un mensaje: es necesario sembrar en educación para lograr una sociedad con una fuerte cultura de prevención.

Juvenal Media, Gonzalo Fernández
Compiladores



Prólogo

Todo acto o voz genial viene del pueblo y va hacia él
César Vallejo

La creación literaria siempre ha estado ligada a la experiencia humana. El hombre vive intensamente los acontecimientos cotidianos y quiere dejar su testimonio sobre ellos. Siente así la necesidad de expresarse, y para ello recurre a la memoria y a la imaginación, creando y recreando hechos como los que encontramos en los relatos antologados en esta publicación, vivo testimonio de la galopante creatividad literaria de los hijos del pueblo de Lambayeque, que han sido testigos privilegiados de los desastres asociados especialmente al Fenómeno El Niño.

En la mayoría de los relatos que presentamos vemos la angustiada experiencia sufrida por los habitantes de Lambayeque al no estar debidamente preparados para un evento climático de la magnitud experimentada; sin embargo, también presenciamos la respuesta de los pobladores, su trabajo mutuo y solidario, resistiendo los embates de las lluvias y sus consecuencias, el proceso de reconstrucción de casas, pueblos y el desarrollo de una conciencia sobre la necesidad de preparación para prevenir las tragedias. Estas experiencias son, en muchos casos, reconstruidas en base a la memoria, al recuerdo de padres y abuelos que las transmitieron a sus hijos y nietos.

Una nota importante es que en medio del dolor y la angustia, también apreciamos el surgimiento del amor. Un amor sufrido, magnificado por las difíciles circunstancias de las lluvias, que desafían a los héroes de los cuentos: ¿quiénes podrían afrontar estos dolores, sino héroes modernos y muy humanos?, que sobreviven la destrucción y se proponen la difícil tarea de caminar hacia la prevención.

Los cuentos han sido antologados a partir del concurso de relatos escolares sobre el Fenómeno El Niño, promovido en el marco del proyecto *Desarrollo de capacidades comunitarias para la reducción de riesgos, preparación y respuesta ante emergencias en Lambayeque*, desarrollado por Soluciones Prácticas (antes ITDG) y el Centro de estudios sociales Solidaridad, con la financiación del Programa de preparación ante desastres (DIPECHO) de la Comunidad Europea.

Luciano Morales



Luchar contra la corriente



Judith Chapoñan Domínguez

Seudónimo: Grecia

Cuarto grado de educación secundaria
Institución educativa San Juan de Illimo
Illimo



quel catorce de febrero de 1994 el calor estaba fuerte como nunca. A pesar de que era un día nublado, el bochorno se sentía con cada respiro. Cuando anoche-
ció, todos ya tranquilos nos entreteníamos viendo televisión a batería, cuando
de pronto empezamos a percibir unos estruendos que removían las ventanas y
la puerta de madera que mi padre había hecho.

— ¿Qué es eso? –pregunté.

— Son truenos –dijo mi papá–, no te asustes. Estos días se ha sentido mucho calor y han
anunciado que habrá una tormenta. Creo que los pronósticos son ciertos.

En ese momento sentía el miedo correr por mi cuerpo. Tanto, que tuve la necesidad de abra-
zar a mi hermano Aldo. Él, que era mayor que yo, parecía no asustarse. Nos asomamos a la
ventana y vimos un rayo, y luego escuchamos el trueno. Empezó a llover. Las gotas debían
ser muy gruesas porque resonaban fuertemente en el techo, haciendo mucho ruido.

La lluvia seguía con intensidad y fuimos a dormir más tranquilos, pero algo más sucedió esa
noche. En la madrugada, como a las tres, escuchamos un ruido como el que hace un tanque
cuando se llena y mis padres se levantaron.

— ¿Qué es eso Lolo? –dijo mi madre.

— No sé –respondió mi padre–, creo que está sonando el pozo.

— ¿Vamos a ver?

— Claro.

Abrieron la puerta y salieron; yo los seguí sin que se dieran cuenta. ¡Fue grande la sorpresa!

— ¡Se salió el río! –gritó mi mamá.

— Todo está cubierto de agua –dijo mi papá–, la noria está llena.

Mi padre despertó a mi hermano rápidamente. Ambos, usando sacos y palanas, empezaron
a cargar tierra para proteger la casa, tratando de hacer una barrera entre la casa y el agua del
río para que esta no alcanzara las paredes.



Mi mamá y yo ayudábamos en lo que podíamos, tratando de cargar adobes desesperadamente, pero el avance del agua era más rápido que nosotros. En la oscuridad no se podía ver muy bien, pero el brillo del agua que cubría los campos de cultivo era claro.

Amaneció, y con la luz del nuevo día, los vecinos nos vinieron a ayudar. Marcos, el hijo de mi tía Francisca, me cargó en sus hombros, sacándome de la casa, porque el nivel del agua estaba muy alto para que caminara sin ahogarme. Marcos se dobló el pantalón hasta sus rodillas, pero aún así se mojó.

Nos refugiamos en la casa de mi tía Francisca, que estaba construida en una zona elevada, donde el agua solo alcanzó a mojar las paredes. Mis papás querían salvar las cosas que se podían de nuestra casa, y las comenzaron a mover a la casa de mi tía. Durante la mudanza mi papá se cortó el dedo del pie al mover unos cuadros porque perdió el equilibrio; mi mamá intentó rescatar los diplomas de mi hermano mayor pero algunos se perdieron en el agua.

La lluvia no paraba y el nivel del agua subía constantemente. Cada vez se notaba más la destrucción, se escuchaba a los bebés llorando de hambre y la gente ya no tenía a dónde ir.

Pasamos el día en la casa de mi tía. La lluvia se calmaba por momentos pero volvía con más fuerza. Uno podía escuchar el venir del agua por las chacras, arrasando los cultivos y las pocas casas que quedaban en pie. Los truenos sonaban con más frecuencia. Era un verdadero ambiente terrorífico.

Al amanecer una pared del corral de la casa de mi tía se había caído. El día era triste, el Sol no alumbraba. Las casas de los vecinos estaban destrozadas, a la distancia se veían paredes derruidas, habitaciones arruinadas y gente desesperada que recogía y trataba de salvar las pocas cosas que les quedaban. El Fenómeno El Niño lo había destruido todo.

No teníamos agua para beber, lavar, cocinar o bañarnos, así que colocamos baldes y tinas fuera de la casa para que se llenaran con el agua de las lluvias. Con tanta lluvia, el techo había comenzado a ceder y el agua comenzó a pasar, mojándolo todo. Ayudamos a los hijos de mi tía, que fueron muy amables con nosotros, para evitar que su casa se dañara.



En la tarde, cuando la lluvia se detuvo, mi mamá y yo fuimos a traer la ropa que se había quedado en nuestra casa, ya que algunas paredes habían quedado en pie. Luchamos contra la corriente para llegar. De pronto, mientras recogíamos y guardábamos la ropa, escuchamos un rugido temible. ¡Algo se rompía! Mi mamá se dio cuenta de que era el algarrobo que había estado plantado atrás de nuestra casa desde siempre... y estaba cayendo sobre nosotras.

El impacto fue terrible, por un momento pensamos moriríamos aplastadas. Mi mamá me abrazó fuertemente, mientras yo sentía cómo se estremecía mi cuerpo. Cerramos los ojos abrazadas y el árbol cayó sobre el techo, sacudiendo las paredes rajadas y causando un ruido ensordecedor.

Luego de unos segundos abrimos los ojos. Aún estábamos vivas. Mi mamá no dudó ni un instante, cogió la bolsa con la ropa con una mano, me cogió con la otra, y salimos apresuradamente. Atravesamos el agua como pudimos y llegamos a la casa de mi tía asustadas y pálidas por el susto. De nuevo se escucharon truenos y la lluvia volvió a caer.

Luz, la nieta de tres años de mi tía Francisca, había sido picada por zancudos y esa noche tuvo fiebre. La pobre niña se quejaba por las enormes ronchas que tenía en brazos y piernas.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Mientras intentaba dormir, escuché que mis padres conversaban:

— Todo esto es terrible. La casa está casi destruida por completo, la gente sufre, los niños lloran, todos se desesperan y nadie sabe qué hacer. No tenemos comida, el pueblo está retirado y no podemos salir a comprar lo que necesitamos.

— Tienes razón –dijo mi padre–, la situación está difícil. ¿Qué haremos, Dolores?

— Aún no lo sé, pero encontraremos alguna solución.

— No podemos arriesgarnos. Nuestros hijos están en peligro. Ellos sufren.

— Yo también me preocupo por ellos, pero ¿qué debemos hacer?

— Tal vez nos podamos ir de aquí.



- ¿A dónde?
- ¿Te acuerdas que mi abuelo me dejó un terreno a las afueras de Illimo? El lugar fue una huaca y está en terreno alto. Allí podríamos estar a salvo hasta que todo esto pase, ¿no lo crees?
- Sí, pero allá no tenemos una casa.
- Eso qué importa, haremos una con calamina y eternit. Eso nos servirá por el momento.
- Ya se viene la época escolar. Aldo y Gladys tienen que estudiar y no pueden atrasarse en sus clases.
- ¡Ya ves!
- Está bien, nos iremos. Mañana encontraré una camioneta para que lleve las cosas. Al amanecer alistaremos todo.

Al segundo amanecer, mis padres nos dieron la noticia a mí y a mi hermano. Papá salió temprano a buscar movilidad y regresó poco después con una carreta.

- Gracias por todo Francisca –dijo mi madre, despidiéndose de mi tía.
- No hay de qué hermanita –le respondió mi tía.
- Gracias Francisca –dijo mi padre.
- No es nada, que Dios los bendiga. Ojalá lleguen bien.
- Adiós tía –dijimos al unísono mi hermano y yo.

Nos subimos a la carreta. Nos acompañó Lobo, nuestro perro fiel, que durante esos días de caos había estado tranquilo y pasó desapercibido, como si supiera que ya teníamos suficientes problemas.

Llegamos al camino grande. Allí nos esperaba la camioneta que nos llevaría. Pasamos las cosas a la nueva movilidad. El trayecto fue largo y el camino estaba lleno de lodo. Cuando llegamos, mi papá buscó ayuda para cercar el terreno, que era un poco chico. Al anochecer ya estábamos instalados. Durante la cena no hablamos mucho. Escuchamos nuevos truenos

y los relámpagos iluminaron el cielo. La lluvia volvió a caer y el techo de la improvisada casa goteaba. Como estábamos en altura, el agua chorreaba hacia tierras más bajas y estábamos seguros. Pero otras personas que vivían por ahí no la pasaron tan bien; cuando amaneció se escuchaba un gran escándalo: el río que pasaba cerca del terreno se desbordó y había destruido la casa de una viuda que vivía con sus hijas. Sus muebles flotaban en el agua como barcos de papel.

Mucha gente fue a pedir ayuda a la municipalidad y otros se refugiaron en el salón de usos múltiples y en el local de la junta de regantes, en el centro del distrito. Illimo también se vio afectado por el Fenómeno El Niño: en ciertas zonas el agua había destruido las viviendas totalmente. Las zonas altas eran las menos afectadas.

Gracias a un tío, que tenía televisión, podíamos ver las noticias. Así nos enteramos de los destrozos que seguía causando el Fenómeno El Niño. La pista por donde pasaban los carros se había inundado y el río se desbordaba constantemente.

Pasaron siete meses antes de que regresáramos a nuestra antigua casa, una vez que los desastres terminaron. La zona estaba húmeda, los campos aún estaban mojados y había pequeños charcos por todas partes. Muchas casas estaban siendo reconstruidas el mediodía que llegamos.

Solo una habitación de la casa estaba en buenas condiciones. El resto debía ser reconstruido. El Sol quemaba en lo alto. Mi mamá preparó el almuerzo y mientras comíamos, conversábamos:

- Todo el lugar está muy cambiado –dijo mi padre.
- Las casas que habían antes ya no están –dijo mi madre–, la corriente lo destruyó todo.
- Felizmente quedó este cuartito para poder vivir mientras reconstruimos el resto.
- Todos estamos pobres.
- En los últimos meses ha escaseado el trabajo.
- Pero creo que podemos salir de esta.



Al escuchar eso me tranquilicé un poco, porque sabía que teníamos deseos de salir adelante, a pesar de que el Fenómeno El Niño nos había dejado pobres y había causado mucho daño. En la tarde llovió ligeramente, como si el agua nos acariciara. En el horizonte apareció un arco iris de colores. Todos vimos esa maravilla. Fue la primera vez que vi un arco iris. Quedé sorprendida.

— Pasen todos –dijo mi padre.

— Papá –dije–, es la primera vez que veo un arco iris.

—¿Qué, sí?

— Sí, así es.

— Pues entonces ya conoces cómo es un arco iris.

— Sí, papá.

— Vamos, pasa. Tenemos mucho por hacer en la casa. Ya va a oscurecer y hay que prender la lámpara.

Y ahí, dentro de la casa, estábamos todos, vivos, juntos, unidos. Habíamos sobrevivido esa terrible catástrofe, habíamos sobrevivido el Fenómeno El Niño. Durante ese poco tiempo experimentamos muchas cosas. Vimos cómo la gente sufría, lo vimos de cerca, sentimos el sufrimiento en carne propia. Sabíamos lo que era sufrir, todo lo que uno tiene que pasar para sobrevivir, todas las peripecias que los desastres pueden causar cuando no estamos listos para enfrentarlos.

Ahora que todo se ha calmado, no sabemos si volverá a ocurrir algo igual, pero lo único que ruego es que estemos preparados... aunque para lograrlo tengamos que luchar contra la corriente.

Lluvias torrenciales, tristezas y desgracias



José Riojas Cajusol
Seudónimo: El Chino
Sexto grado de educación primaria
Institución educativa 10120
Illimo

La semana pasada escuché en Radio Programas del Perú que debemos estar preparados porque el Fenómeno El Niño va a venir... ¡Vaya si eso me causó risa!, ¿el Fenómeno El Niño? ¿Qué? ¿Acaso van a venir muchos niños? ¿Y qué van hacer o qué será eso? Salí corriendo a preguntar a mi papá, Juan, que estaba conversando con mi abuelito Agustín en la chacra.

— ¡Papá!, ¡papá!, en la radio dicen que va a venir el Fenómeno El Niño.

— Sí hijito, de nuevo va a venir.

Yo lo noté preocupado, entonces le pregunté:

— ¿Por qué te asustas?

— Si es que el fenómeno es como en años anteriores –me contestó–, se puede caer la casa. La casa está hecha de adobe y el techo no está bien, las calaminas están viejas y rotas. Podemos perder nuestra casa y también nuestras cosechas.

Mi abuelito dijo que en años anteriores el Fenómeno El Niño se había presentado entre enero y mayo, y que había llovido muy fuerte y constantemente. Al volver a casa me quedé pensando, con curiosidad sobre porqué se asustaron mi papá y mi abuelito.

Al siguiente día, al llegar a mi colegio, le comenté a mi profesora Lucrecia, que en la radio había escuchado que iba a venir el Fenómeno El Niño. Ella me contestó que eso era verdad, que el fenómeno iba a venir y que más tarde, durante la clase nos contaría sobre eso a todos.

Y así lo hizo. Nos explicó que este fenómeno sucedía cada cierto tiempo, entre ocho y diez años, y que los científicos dicen que aparece cuando las aguas del mar se calientan un poco más de lo normal. Ella recordaba los dos últimos, entre 1982-1983 y 1997-1998, que además, habían sido los más fuertes del último siglo.

La profesora también nos explicó que El Niño era un fenómeno natural, muy peligroso y que debemos estar preparados porque llovería mucho, habrían truenos, relámpagos y los ríos

aumentarían de caudal, desbordándose, causando inundaciones de terrenos de cultivo, y la muerte de personas y animales. En años anteriores los pueblos habían quedado incomunicados porque se malograron los caminos y carreteras.

Nos contó que el año 1998 el transporte quedó paralizado por los desbordes de los ríos y las caídas de puentes como el de Reque, y en nuestro distrito por la salida del río La Leche. Las amas de casa sufrían mucho, también los niños ya que no habían alimentos. Debido a la escasez, muchas familias de los caseríos más lejanos solo podían comer una vez al día, a veces un plato de mote con sal y una taza de yerba luisa endulzada con caramelos o miel de abeja.

Porque las lluvias empezaban desde muy tempranas horas de la tarde, las amas de casa tenían que cocinar temprano sus alimentos para sus hijos y las que no lo hacían, no podían cocinar porque la lluvia mojaba la leña. De otro lado, abundaban los insectos, como las chicharras, zancudos y grillos. La gente que tenía ganado tenía que darles de comer temprano para que los animales comieran tranquilos y llevarlos a lugares seguros para evitar que cuando el río creciera se los lleve.

El Fenómeno El Niño, continuó la profesora, afectó a la agricultura, porque las chacras se inundaban y no se podía sembrar, los arrozales se perdieron, los productos de pan llevar se malograban.

Luego de esa explicación entendí porqué mi papá se preocupaba por la casa, los animales y la chacra. Ni bien llegué a mi casa, le pregunté más cosas sobre el fenómeno a mi papá y a mis abuelitos. Ellos me contaron que cuando el río se salía, las autoridades tocaban las campanas de la iglesia, para que los pobladores se refugiaran en la iglesia, en el salón de usos múltiples y en el colegio. Cuando eso pasaba, la gente preparaba ollas comunes para alimentarse. En el colegio se refugiaban los habitantes del caserío Cruz Verde, en el salón y la iglesia los de San Pedro y Culpón.



Me dijeron que en esos años la población recibió ayuda de las autoridades, de los bomberos y hasta del ejército: desde comida hasta sacos con arena para evitar que el río se desborde. Incluso el Presidente de la República llegó a nuestro pueblo en una moto, acompañado del gobernador del distrito, y se paseó por las orillas del río La Leche, evaluando los daños que se habían producido.

Comprendí que se trataba de una situación muy triste. El Fenómeno El Niño trajo tristeza para la gente. Durante el último muchos, en la desesperación de intentar salvar sus pertenencias y animales, perdieron la vida.

Mi papá me explicó que en Illimo debemos tener mucho cuidado porque el río La Leche se puede desbordar. Debemos estar preparados porque cuando esto pasa, el río llega hasta el pueblo e inunda las calles, tumba casas y árboles, se lleva los carrizos y a las chacras las llena de agua, malogrando los alimentos. Ya no hay arroz, lentejas, loche, ni garbanzos. También aparecen enfermedades por las fuertes lluvias. La gente no pueden dormir bien por el miedo de que sus casas se derrumben.

Por la radio y la televisión siguen anunciando que el Fenómeno El Niño puede venir en cualquier momento y que debemos estar preparados para hacerle frente, que nuestras casas deben estar bien protegidas, especialmente los techos, que deben estar limpios, para que resistan las fuertes lluvias. Dicen que debemos tener linternas a la mano y plásticos para cubrirnos en caso de emergencia. Los caminos deben estar limpios, el río no debe tener desmontes para que el agua corra sin detenerse. Con todo lo que aprendí creo que estoy más preparado y me siento más unido a mi familia, listo para enfrentar la aparición de El Niño.

Lluvias fuertes, lágrimas abundantes



Ericson Sánchez
Seudónimo: **El Turista**
Quinto grado de educación primaria
Institución educativa 10120
Illimo

Mi abuelo se llama Manuel Albañil. Me dice que ha vivido mucho y yo le creo por las cosas que me cuenta. Lo quiero mucho y me gusta estar a su lado. Me mira y me cuenta historias bonitas y también tristes. Un día, viendo que hacía un cartel sobre la prevención de los desastres, me contó:

— El año 1983 se sentía un calor muy fuerte, que no se había sentido en años anteriores. Esto hacía comentar a la gente adulta que habría lluvias «para llorar». El día menos imaginado, a fines de enero, empezó a llover por la noche, y así durante todas las noches. Lo extraño era que cada día llovía más fuerte, como si todas las nubes se hubiesen puesto de acuerdo para arrojar su agua.

Me miró triste y se quedó callado. Yo le devolví la mirada y le pregunté:

— ¿Qué ocurrió?

— El sábado 14 de febrero, aproximadamente a las 4 de la tarde, cuando estaba en la chacra, pastando mis ovejas, el cielo empezó a nublarse y luego se escuchaban truenos, como si un volquete dejara caer su carga de piedras grandes. A los pocos minutos se vino una lluvia que no tenía cuándo parar. La gente corría de un lado a otro, gritando, ¡es el diluvio!, ¡es castigo! Algunos colocaban sacos de tierra en las puertas para que el agua de las calles, que parecían acequias, no inunde sus casas, otras botaban agua de sus corrales. La lluvia no paraba. ¡Se salió el río!, ¡se salió el río!, empezó a escucharse, y el miedo creció. Las mujeres y los niños empezaron a llorar y a rezar. El agua del río llegó a una parte del pueblo, se cayeron paredes de las casas, casas completas colapsaron, se inundó el cementerio viejo y el agua bañó a los muertitos.

Mi abuelo calló nuevamente. Yo le pregunte, ¿tan fuerte fue todo eso que me cuentas, abuelo? Él calló, miró hacia otro lado; yo creo que quiso llorar.

— El río malvado se desbordó y arrastró casas, animales y sembríos, inundó campos y aisló a los pobladores, que se habían quedado sin casas, sin cosas y sin alimentos. Los que pudieron

salir del campo y que se quedaron sin casa, se protegieron en el templo, en el colegio San Juan, porque la lluvia no paró hasta la madrugada. Al día siguiente todo el campo era agua. El río la Leche también, había destruido parte de la huaca La Ventana. Decían los campesinos que muchos huacos y piezas de oro fueron arrastrados por el río. «Río loco», así le decían. Muchas son las personas que cuando ven lluvia se asustan... Hijito...

Este es el recuerdo de mi abuelo, gracias al que hoy comprendo un poco mejor lo que es el Fenómeno El Niño: destruye, causa tristeza, dolor, pobreza, enfermedades y pérdida de vidas.

— Debemos prevenir para que las lluvias fuertes no nos causen lágrimas abundantes –eso fue lo último que le escuché decir a mi abuelo–.



Dios perdona, la naturaleza no



Luis Chozo Santisteban
Seudónimo: **Narrador del pueblo Moche**
Cuarto grado de educación secundaria
Institución educativa Felipe Santiago Salavery
Pisci

Era el amanecer del 14 de febrero de 1998. El cielo permanecía sombrío y nublado en Picsi, pueblo ubicado a 8 kilómetros de Chiclayo. Toda la noche había llovido, y como triste consecuencia, el canal Taymi llegó a su punto máximo y se desbordó. Tanto fue el ímpetu del agua, que arrasó con todo lo que encontró a su paso, llegando a la ciudad.

Mientras tanto, en un caserío llamado El Horcón, muchas personas se encontraban refugiadas en sus casas, impacientes por la lluvia y por el fuerte ruido que producía. De pronto, una voz se escuchó: «¡Salgan de sus casas, salgan porque el agua viene; todo está perdido!». Las personas se desesperaron aún más cuando vieron llegar el agua a sus pies, aumentando más y más.

Las familias salían llorando y levantando a sus pequeños hijos en brazos para que no sean alcanzados por el agua y se dirigían a la carretera. A los costados de la vía habían chacras sembradas de arroz que habían sido cubiertas por el agua. Parecía que la vía estuviera en medio del mar. En el fondo, las casas se desplomaban por el impacto del agua y los animales muertos flotaban. Todo estaba inundado. Alguna gente confundida decía: «¡El mar se ha salido!». Las personas desesperadas ya no sabían qué hacer. Lo único que les quedaba era buscar lugares altos para refugiarse. Y los únicos lugares que se veían eran las huacas. Ahí se refugiaron.

Todo permaneció inundado por varios días. Las personas pasaban hambre y sed, pues no habían tenido tiempo para sacar comida. Muchos niños lloraban hambrientos y sedientos. Los padres, angustiados, no tenían nada para darles y no podían prender fuego porque la leña estaba completamente mojada. No sabían qué hacer. Las madres, al escuchar el llanto de sus hijos por un mendrugo de pan, caían en la más profunda desesperanza. El caserío se hallaba en la más lamentable situación, estaba abandonado y sin ninguna ayuda.

En Picsi, las personas también salían a los puntos más altos, como el parque, la iglesia y el cementerio. Ahí permanecieron por un buen tiempo. Las personas que habitaban cerca del cementerio tenían que cocinar entre las cruces, acompañados por los difuntos, ya que no tenían otra elección.



La pérdida de vidas continuaba: los animalitos de los campesinos se habían ahogado. Los lamentos de las personas buscaban comprensión, consuelo. Un grupo de hombres, uniendo fuerzas, comenzó a romper la pista para crear una acequia que desviara el agua retenida. La gente demostraba su solidaridad en esta difícil situación.

Luego de que las lluvias pararon, se propagaron muchas enfermedades, como el cólera, paludismo, conjuntivitis, etc. Las enfermedades fueron las que causaron más sufrimiento, pues muchas personas veían a sus familiares enfermos, sufriendo, sin poder hacer nada para evitar su dolor, y en algunos casos, su muerte. Estaban completamente destrozados. Todo parecía una horrenda pesadilla. Sin embargo, después de la tormenta, llegó la calma.

En medio de tanto dolor y angustia, las autoridades apoyaron a los pobladores con ropa, ampliaron los comedores populares y también los comités de vaso de leche para los niños. Gracias al Banco de materiales se reconstruyeron viviendas y colegios.

Aleccionados por esta terrible experiencia, el pueblo salió adelante. Se organizaron brigadas de Defensa Civil y comenzó a realizarse una limpieza periódica de acequias. Ahora había más información sobre las zonas más vulnerables y la población se preparó para evitar las enfermedades y epidemias. Hoy Picsí es un pueblo progresista y preparado ante el Fenómeno El Niño.

Recuerdos de dolor y desesperación



Katherine Carrión Chávez

Seudónimo: **Star Géminis**

Cuarto grado de educación secundaria

Institución educativa Felipe Santiago Salaverry

Picsi

Todo empezó el 14 de febrero del año 1998, al promediar las tres de la tarde, cuando empezó a llover. Al principio era una lluvia pacífica que no mostraba signos de mayor preocupación, pero cada vez se fue haciendo más fuerte y agresiva. Al anochecer, con la Luna ya alta en el cielo, la gente ya había comenzado a sacar el agua que se había colado en sus casas. En la madrugada, como a las tres o cuatro, dos señores llegaron al pueblo, gritando y anunciando peligro, pensando que el mar se había salido y venía hacia nuestro pueblo. Al parecer, habían estado en lo alto del cañaveral, cuando divisaron que el agua venía en dirección al pueblo. A paso rápido al principio, y corriendo después, emprendieron la marcha para avisar que el agua llegaba. Los demás, inocentes, no les creyeron e incluso les gritaron «¡borrachos!». Pero el anuncio despertó a la mayoría de la población, que luego sentiría la horrible pesadilla por venir en carne propia.

El agua fue entrando como anunciado, y derrumbando, una a una, las humildes casas picseñas, que con tanto sacrificio habían sido construidas. A las cinco, ya con la luz del amanecer, se pudo ver claramente cómo el agua había dejado un sendero de destrucción. Los pobladores tuvieron que romper la pista principal para que el agua desaguara hacia Capote. La fuerza del agua fue interrumpida en dirección a Vista Florida.

A las seis, mientras el agua iba desaguando, se veía un triste tránsito de objetos flotando: árboles, azúcar, botellas de cerveza, etc. Lo más penoso era observar a los animales muertos y muebles que habían sido sacados a la fuerza de casas: mesas, sillas, colchones, ropa y hasta lo más diminuto, ¡todo era arrancado de sus dueños por la fuerza de las aguas del canal Taymi!

Las familias gritaban de desesperación al ver que sus pertenencias eran arrastradas por la corriente. Todavía muchos recuerdan el sonido del río que rodeaba a nuestro distrito, ese traumático estruendo de las casa al colapsar, los gritos y el sufrimiento de los vecinos al ver sus casas en escombros. Los gritos. ¡Ay, mi casa...!

Ese día la desesperación fue horrible. Las personas no sabían hacia dónde correr, impotentes

de no poder salvar sus pertenencias; veían a los animales pasar entre las aguas, muertos. Los gatos y perros, dentro de las viviendas, se habían subido a las ventanas, aullando y ladrando, pidiendo auxilio, desesperados. Solo algunos pudieron ser salvados.

Felizmente mi casa no fue derrotada por el agua, pues las puertas estaban cerradas y teníamos un callejón por donde podía salir el agua. Mis tías fueron más afectadas, porque vivían en la calle Grau, donde el agua que corría parecía un río. Sus electrodomésticos salieron navegando de su casa. Mi tía Lucila se atrevió a volver a su casa para rescatar sacos de arroz y azúcar, pues pensó que le servirían para alimentar a sus pequeños hijos en los días por venir, cuando habría mucha escasez. Poco después de que salió de su casa, esta se derrumbó. Tuvo mucha suerte. Otro vecino, el señor Alejandro Gómez, no tuvo tanta suerte y murió de un infarto repentino.

Fueron muchos días de sufrimiento para Pícsi, muchos vecinos no tenían un techo bajo el cual dormir, prendas con las que abrigarse, comida para saciar su hambre o agua para calmar su sed. Todas las fuentes de comida habían sido inundadas y el agua no era potable. Los pobladores buscaron refugio en los lugares más seguros: el mercadillo del distrito, la iglesia, el colegio Salaverry, el coliseo, pero lo más penoso y escalofriante, que conmocionó al país entero, fue que una parte de los damnificados fue alojada en el cementerio, ¡durmiendo en las bóvedas, encima de las cajas de los muertos que el agua había removido de la tierra!

Profundizando la desgracia, poco a poco fueron apareciendo enfermedades que mataron a algunos pobladores, como el cólera, debido a la presencia de abundantes moscas, los animales muertos que se estaban descomponiendo; también la conjuntivitis. El cólera afectó a gran parte de la población, que consumía agua sin hervir. Como el centro de salud había sufrido igual que otras construcciones, los enfermos estaban regados a la intemperie, muchos sufriendo de diarrea. ¡Qué terrible experiencia!



Mi familia fue alojada en el mercadillo. Cuentan mis tías que para poder saciar el hambre se hizo una olla común. Cada día le tocaba cocinar a un grupo. El grupo elegido cada día tenía que ir a Chiclayo en la movilidad que había en las afueras del distrito. Una vez ahí, acudían a los mercados conocidos y pedían apoyo a todos los vendedores. Algunos eran buenos y donaban productos aptos para consumo; pero otros donaban frutas podridas y carnes pestilentes; y no faltaban los que ignoraban la situación.

Los días fueron pasando y los picseños seguían aferrándose la vida, soportando todo el sufrimiento y penurias; pero con la consciencia clara, mucha esperanza y fe en que el mal tiempo pasaría y que todo sería mejor. Conforme los días pasaron, la ayuda se manifestó. Aún se habla de cuando el helicóptero que traía al Presidente de la República aterrizó en nuestro pueblo. El presidente vestía un polo amarillo, pantalón y botas hasta la rodilla, y fue recorriendo todo el distrito, mirando los escombros que habían quedado de las casas, observando las penurias que los pobladores pasaban. En la plaza principal dijo que había visto el sufrimiento y que se comprometía a enviar apoyo.

La primera ayuda que recibimos fue del PRONAA, que dejó alimentos en cada albergue. Luego llegaron carpas del gobierno, plásticos y prendas de vestir donados por la Iglesia católica. Cada poblador recibió prendas de vestir y zapatos. Los grupos de familias que se habían quedado sin casa, y aún dormían en la intemperie, recibieron material para cubrirse.

Luego de varias semanas, vinieron personas que anotaron los datos de los pobladores, ya que el Banco de materiales iba a dar facilidades para la reconstrucción de las viviendas. Aunque esa ayuda no fue inmediata, demoró un tiempo.

Enviados por el gobierno, soldados del ejército vinieron con material para rellenar el terreno y hacerlo más elevado. Con la ayuda enviada se construyeron casas de material noble. Los colegios fueron rediseñados y construidos para resistir mejor desastres. No nos podemos quejar. Tuvimos el apoyo que necesitábamos, y gracias a ello, ahora tenemos un distrito con una buena

vista, calles pavimentadas, construcciones resistentes, y lo más importante, personas que son conscientes sobre los riesgos de los desastres por experiencia propia.

Pensándolo bien, en Pícsi fuimos víctimas de un fenómeno climático por falta de conocimiento, prevención y conciencia sobre la realidad natural. A veces somos tan conformistas y dejamos pasar la vida, le damos mayor cabida a cosas superfluas y no a los aspectos de superación como personas y comunidad. Esperamos que nos suceda una desgracia para interesarnos en todos los aspectos más importantes y críticos, como el clima. La poca información sobre los desastres es lo que nos hace vulnerables ante una situación de peligro.

Mi distrito tiene la experiencia de una inundación vivida, pero no solo es este desastre el que nos amenaza, hay muchos más que nos pueden afectar. Hay que tomar conciencia, informarnos, colaborar con las labores y actividades de prevención que se realicen; pues solo así estaremos preparados para otros desastres y evitaremos mucho dolor.

La vida es hermosa y hay que saberla cuidar. Por eso les digo, si quieren un menor sufrimiento, debemos tener mayor prevención.



La lluviosa experiencia de Pícsi



Lizandra Burga López
Seudónimo: Picseñita de corazón
Cuarto grado de educación secundaria
Institución educativa Felipe Santiago Salaverry
Pícsi

El 14 de febrero de 1998 será un día tristemente inolvidable para la gente Picsi. A las cuatro de la tarde, ese día, empezó una simple garúa y con el transcurrir de las horas, la lluvia fue aumentando hasta convertirse en torrencial. Al día siguiente, mi madre y yo nos encontrábamos durmiendo, cuando tocaron la puerta de mi casa. Mi madre salió a abrir y era mi tío. Le dijo a mi mamá lo que sucedía, que el agua se había estancado y estaba inundando las casa, entró rápidamente y me alzó en hombros. Todo fue en cuestión de segundos. Cuando mi tío salió, el agua le llegaba hasta el cuello. Solo tuvieron tiempo de salvar lo necesario, como frazadas para cubrirnos, una radio, una linterna, y por último, un termo. Nos refugiamos en el colegio Felipe Santiago Salaverry, porque vivíamos cerca.

Nos encontrábamos aislados, ya que el agua nos rodeaba. No teníamos nada que comer ni beber. Todo era un verdadero caos. Nunca nos imaginamos que algo así iba a ocurrir. Estábamos totalmente incomunicados.

Luego de que el agua bajara, volvimos a nuestra casa. Pero, con los charcos de agua estacada, luego de unas semanas, aparecieron mosquitos y zancudos, que traían cólera y otras enfermedades. Mi abuelita materna fue víctima del cólera. Una mañana cayó muy enferma, súbitamente. La llevaron al hospital pero no la atendieron porque estaba lleno de otros pacientes que también habían enfermado. Luego la llevaron a Chiclayo, donde la tuvieron tres horas en observación, pero le dijeron que se recuperaría.

Ese mismo día, en Chiclayo, mi mamá escuchó que Picsi se había vuelto a inundar, y se desesperó pensando que nos había dejado solos. Como no consiguió transporte, se fue caminando desde Chiclayo. Mi mamá entonces tenía siete meses de embarazo, y para llegar a Picsi tuvo que pasar por el dren de Fala, que era un área inundada que parecía una playa por la fuerza de la corriente y el oleaje que arrasaba con todo. Ella salió a las cinco de la mañana y llegó a las seis de la tarde porque no había por dónde pasar.

Mi vivienda quedó en muy mal estado, y a nivel distrital, casi nueve de cada diez casas estaban dañadas. Hubieron 3 534 damnificados, 24 casas destruidas (entre ellas, la mía), 128



semidestruidas y 224 en riesgo. En los centros poblados y caseríos se registraron pérdidas de ganado y cultivos. Gracias a Dios, todo lo que causó esa terrible pesadilla fueron daños materiales; aunque hubieron algunas muertes.

Estuvimos más de un mes aislados por el agua. Al bajar, salimos y fuimos a ver la casa. Esta completamente destruida. Lo único que pudimos recuperar fue una congeladora. Pero vimos otras consecuencias de ese fenómeno: la pista quedó muy mal, habían muebles y pertenencias a la intemperie y las personas hacían sus chozas con sábanas y frazadas. Era una cosa totalmente conmovedora. Era tan triste ver cómo la gente lloraba por todo lo que había perdido.

Después la tormenta, y con la nueva calma, el Banco de materiales nos ayudó a construir casas más resistentes a desastres. El gobierno central también envió apoyo de víveres, ropa y zapatos, que eran de suma necesidad. También nos ayudó con la reconstrucción de la pista. El PRONAA nos entregó los víveres y comida que necesitábamos.

Creo que en este sentido, todos fueron muy solidarios con nosotros. Los picseños necesitábamos apoyo para superar ese mal momento. Ahora somos un distrito más desarrollado, lleno de tradiciones, integridad y preparado ante los desastres.

No revivamos la tragedia



Joel Monterrey Gonzáles

Seudónimo: **Billy Rey**

Tercer grado de educación secundaria
Institución educativa San Juan de Illimo
Illimo

Me pregunto, ¿qué ocurrió con los viejos en los parques?, ¿con los jóvenes en grupos dialogando de lo que harían el fin de semana?, ¿con los niños que corrían para no ser alcanzados por el lobo? Es que ahora las lluvias, los relámpagos, los desbordes de los ríos, el temor de ser partido por un rayo, los obligan a todos a pasar más tiempo en familia, viendo cómo hacer para que el agua no pase. Otros migraron para no verse afectados por las aguas.

Pero, ¿quién hizo todo esto? Las gotas son capaces de desbordar un río, llevándose todo lo que hay en su camino: el Fenómeno El Niño, ese que a muchos no les importó, para el que muchos no estaban preparados.

Una tarde, como todas las tardes, el cielo empezaba a oscurecerse por las nubes, sin que nadie sospechara que estas mismas nubes amenazaban con descargar grandes gotas que se convertirían en lluvias amenazadoras.

Las primeras gotas cayeron como si el cielo estuviera llorando por lo que sucedería. Llovía y llovía, y no paraba de llover. La gente asustada por la fuerza de la lluvia, con baldes y depósitos botaba el agua que se colaba dentro de sus casas a la calle. Al día siguiente, cuando las campanas daban las diez, paró de llover. En las calles se veían rostros cansados por la falta de sueño. Las calles habían quedado como si un niño hubiera jugado con agua. Las mujeres aprovechaban ese tiempo para acudir a los mercados y abastecerse de alimentos. La calma no duró mucho, porque cuando las campanas señalaron la una de la tarde, el tormento comenzó de nuevo.

El cielo demostró su ira con truenos y relámpagos, como si se vengara de algo. Era una pesadilla para todos, y nadie podía pararla. Quizá, si las autoridades hubieran intervenido, ayudado un poco en ese momento, no hubiera sido algo tan trágico.

— ¡Dios mío!, ¿por qué nos castigas? —se escuchaba un lamento continuo. Pero Dios no escuchaba: los ríos se iban llenando de a pocos.

Los días pasaban y las manos no cesaban de moverse, barrían casas y azoteas para que no se filtre el agua. Cuando paraba de llover, arreglaban techos que eran movidos por los vientos. Los niños lloraban porque los techos sonaban muy fuerte. Muchos sufrían para cocinar porque las lluvias no dejaban nada seco. El llanto de los niños, las quejas de las madres y los techos que sonaban eran una combinación desesperante.

— ¿Pero si abrimos los buzones?

Sería buena idea, pero no duraría mucho por la acumulación de las aguas.

¿Cómo eran las aguas? No eran aguas, era barro con desechos que corría por las pistas. Eso causaría que los buzones se atoraran y la gran idea no funcionaría.

Los niños decían a sus padres que descansaran pero estos, preocupados, no lo hacían porque querían asegurar la integridad de sus hijos.

Los ríos continuaban desbordados, no respetaban sus límites naturales, salían y afectaban a las casas cercanas. Todas las cosas flotantes parecían peces; no había lugar donde el agua no pasara, salvo donde las calaminas cubrían camas improvisadas, donde niños dormían a un lado para que la lluvia no los mojara.

Cuando el río salió, afectó gravemente la agricultura. Sus aguas tapaban los cultivos, no permitían que las semillas brotaran. Los mercados ya no contaban con verduras porque se malograban por tanta agua.

— ¿Por qué no limpiamos los ríos?, ¿por qué nuestro alcalde no tomó medidas?, ¿por qué no nos advirtieron? –era el lamento general–. A nuestras autoridades solo les interesa llenarse los bolsillos, arreglar bien sus casas, tener a sus hijos en buenos colegios, asegurar a su familia, ¿y el resto? No les interesa, se hacen de la vista gorda y se olvidan del pueblo que los eligió.



Las calles, la ciudad, los mercados, todo estaba cubierto de barro. Mientras, la gente intentaba trasladarse de un lugar a otro con las aguas encima de sus cinturas. A otros les llegaba hasta el cuello. Por las calles, el agua pasaban como un río, corría sin destino.

Los ríos llevaban lo que encontraban a su alcance. Por sus aguas caudalosas iban árboles, ganado, muertos y personas atrapadas, intentando salir de ellas. Como nuestras autoridades no se preocuparon en limpiar los ríos, las aguas corrían con basura. Era una calamidad. ¡Y la gente del campo!, ¿cómo pasaban a la ciudad?, no podían hacerlo, porque tal era la fuerza de las aguas, que los puentes cedían y dejaban aislados caminos. La gente que vivía en el campo caminaba pegada a los árboles por miedo a ser arrastrados por el río. Quienes tenían casas de adobe estaban en permanente tensión, porque tanta agua acabaría con sus humildes casas en cualquier momento.

Una pared que se veía cansada y rendida amenazaba con caer, y eso obligaba a un viejo también cansado a vigilar su cuarto, donde se encontraban sus siete hijos y su esposa. Los truenos, el sonido de las calaminas y el constante «¡pásame la escoba para botar el agua del cuarto!». Cuando el viejo estaba casi rendido por el sueño, se escuchó un ruido muy fuerte. Rápidamente, levantó a su familia porque pensaba que todas las paredes se iban a caer. Desesperado salieron de la casa, y vieron lo que sonó. Una pared había caído.

¡Mis burritos!, pensó. Pero era muy tarde. Pidió ayuda a su vecino, pero los animales sangraban por el hocico.

— ¿Han muerto? –preguntó el viejo.

— Lamentablemente sí –dijo el vecino.

Experiencias similares se vivieron en toda la zona. Sin embargo, el viejo daba gracias a Dios porque no eran sus hijos los que habían muerto.

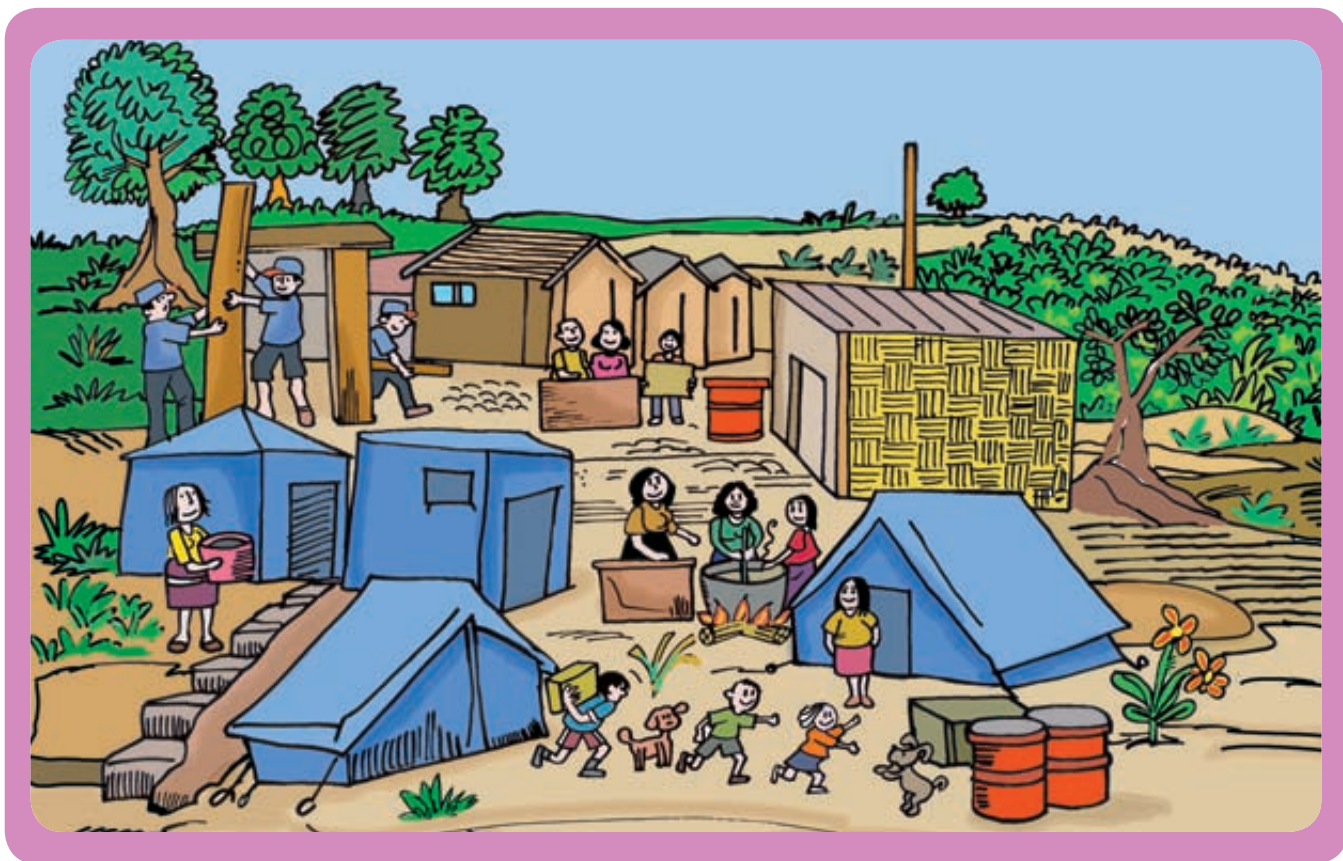
Los huaicos cubrían las carreteras, impidiendo que los autos siguieran su camino. Los autos estacionados fueron llevados por el huaico. Se veía las lunas rotas y, de cuando en cuando, hombres encima de los autos. Parecía una película de ciencia ficción.

Muchas personas pensaban que era el fin del mundo, pero gracias a Dios, solo era un desastre. Algo que no se podía evitar, pero sí prevenir. No todos experimentaron la pérdida de seres queridos, pero las lluvias fueron cómplices perversas, cuando una pared cayó encima de niño inocente, que dormía como un ángel, y que nunca volvió a abrir sus ojos.

Por esto el Fenómeno El Niño no es un juego, ni lo son las gotas inocentes que caen. Pueden ser mucho más de lo que imaginamos. Pueden ser desastre, enfermedad, llanto, quejas y mucho más. No todos estamos preparados para un desastre así, pero debemos afrontarlo. No revivamos las tragedias, prevengámoslas.



Monte hermoso icaserío forjado por las lluvias!



Andrés Pizarro Siesquén

Segundo grado de educación secundaria
Institución educativa Jorge Chávez Dartnell
Mórrope



sí como te digo, Bartolito. Nunca podremos olvidar ese terrible año, 1983... Enero, febrero y marzo fueron meses de fuertes lluvias en todo el norte y los habitantes de los caseríos de la parte baja de los ríos Mótupe y Mórrope nos vimos obligados a refugiarnos en las huacas más altas para defendernos del agua. Uno a uno, todos llegaban hacia este lugar, desde Caracucho, Tranca Sasape, Tranca Fanupe, Casablanca, Barrio Nuevo y Santa Isabel, todos los pobladores que fueron afectados.

Aún clarito recuerdo cuando arribaron Natividad Chapoñán y Melchora Sánchez, acompañadas de Florentino Chapoñán, José Chiroque y Eleuterio Piscoya. Así como ellos, más de cien familias, la mayoría proveniente de Caracucho y Santa Isabel se ubicaron en estos vacíos terrenos, levantando carpas con frazadas, costales y plástico para defender de las lluvias.

Todo, a pesar de la escasez de azúcar, kerosene, arroz, aceite, fideos, papas, café, pan, condimentos, básicamente todo. Sin embargo, no faltó la unión y solidaridad. Recuerdo que hacíamos mingas y ayudábamos a levantar sus chozas a los más necesitados. Con el correr de los días este lugar se fue poblando, llegando a tener cerca de quinientos habitantes, y como era un monte que nos protegía de las lluvias, haciendo nuestra vida un poco más tranquila, más hermosa, los pobladores lo bautizaron como Monte Hermoso.

Para afrontar las calamidades necesitábamos autoridades que salieran al frente y reclamaran por nosotros. Elegimos a Pedro Santisteban como teniente gobernador. Viene a mi memoria también Don Bartolomé Santamaría, habitante muy conocido, que supo dar su apoyo para conseguir víveres del comité de Defensa Civil de Lambayeque. Él arriesgó su vida, pasando las aguas de ríos desbordados y quebradas para conseguir los alimentos que necesitábamos para sobrevivir.

Por esos días, en febrero de 1983, por orden del entonces presidente Belaúnde, llegó un helicóptero a San Miguel cargado de azúcar, arroz, avena, aceite y chochoca. Todos estos víveres fueron repartidos para los damnificados. Hasta donde alcanzó.



¡Cómo ha pasado el tiempo...! Hoy somos un pueblo con 600 habitantes. Siempre la unión y solidaridad están presentes. Hemos logrado tener servicios básicos: agua y luz. Además ya contamos con un colegio, una posta médica y hasta un cementerio, donde algún día me reencontraré con tu abuelo, Bartolito. Para recordar con orgullo cómo construimos con coraje y en medio de las lluvias mi gran pueblo ¡Monte Hermoso!

La esperanza de mi pueblo



Frank Chimpén Maldonado
Seudónimo: **El humilde campesino**
Quinto grado de educación primaria
Institución educativa 10120
Picsi

Hola, soy picseño y mis padres me cuentan que hace once años pasó algo que nunca olvidarán. Era el mes de febrero de 1998. Era un verano muy especial, pues hacía demasiado calor, las lluvias se habían hecho muy continuas –dicen que casi todos los días habían aguaceros–, los vientos eran fuertes y la gente de Picsi había recibido la noticia de que el Fenómeno El Niño había llegado a la costa de Perú. Pero casi nadie sabía qué significaba eso. Hasta el 14 de febrero.

Ese día, poco después de las tres de la tarde, todos lo comprendieron: el cielo se volvió gris y empezó a llover como nunca antes se había visto por aquí. Las gotas eran grandes, pasaban las horas y la lluvia no paraba. Las calles de pronto empezaron a llenarse de agua. El agua entraba de las calles a las casas. Algunos colocaban sacos de arena en las puertas para que el agua no ingrese y otros intentaban sacarla con escobas, pero sus esfuerzos eran inútiles. Rápidamente casi todo el pueblo estaba inundado.

Mis padres en ese tiempo vivían con mis abuelos en un sector de Picsi que se llama Vista Florida. Allí los vecinos lograron controlar la inundación colocando sacos de arena y haciendo pequeñas zanjas. Y así, casi al atardecer, las personas que vivían en ese sector pensaron que todo había sido un susto. Pero algo no estaba bien, la lluvia continuaba y no parecía detenerse. De pronto se cortó la luz y Picsi se quedó en la oscuridad. Mientras más oscurecía, más fuerte se hacía la lluvia. De cuando en cuando, relámpagos iluminaban, por segundos, todo el cielo –parecía una película de terror–.

Mi familia cenó alumbrada con velas y todos se fueron a dormir, menos mi papá, que se quedó vigilando la casa porque sospechaba que algo peor estaba por suceder. Mientras tanto, en un lugar llamado Luya, muy cerca de Picsi, el canal Taymi aumentaba su nivel cada vez más por las lluvias torrenciales.

De vuelta en casa, mi papá se había quedado dormido, pero luego de unas horas, se levantó muy asustado por un gran sonido. Todos lo escuchamos. Era como el sonido de un río, un río que se acercaba trayendo piedras y palos. Nuevamente se escuchó algo, incluso peor: los

gritos de desesperación de la gente. Personas que clamaban a Dios, algunos pidiendo auxilio, otros afirmando que era el fin del mundo.

Pero ¿qué había pasado mientras mi familia dormía? El canal Taymi se había desbordado, y el agua del río, que con una gran fuerza arrastraba todo lo que encontraba a su paso, llegó a Pícsi. Al levantarse mis padres se dieron con la sorpresa de que el agua estaba por sus rodillas. Era un agua muy fría. El miedo se apoderó de ellos, porque no estaba quieta, subía y subía rápidamente, y parecía que si seguía subiendo en un momento nos taparía por completo.

Mis padres, mi hermana mayor, mis abuelos y toda la familia empezaron a sacar lo más importante de la casa para huir, y usando unas linternas intentaron salir a la calle, pero la presión del agua era tanta que la reja que estaba en la puerta no se pudo abrir. Entonces, mi padre saltó la reja y empezó a ayudar a empujarla desde afuera. Ya en la calle, se dieron cuenta de que los miembros de Defensa Civil del pueblo habían amarrado una soga que permitía a la gente cruzar la calle para refugiarse en un colegio cercano, que por estar en una zona alta no se había inundado. Mis padres y mi hermana mayor se arriesgaron y cruzaron la calle usando aquella soga. Fue toda una aventura, pues el agua tenía mucha fuerza y los hacía retroceder constantemente. Mi padre pisó en un vidrio roto y se cortó el pie, pero a pesar del dolor tenía que cruzar y regresar a ayudar a pasar a los abuelos, que temerosos no se animaban a hacerlo. Una vez en el colegio, mis padres se refugiaron en un aula y lo mismo hicieron otras personas. Cada aula del colegio albergaba a cuatro o cinco familias. Afuera, mientras amanecía, se escuchaban caer las casas inundadas, como truenos en medio de una lluvia que apenas se detuvo antes del amanecer.

Ya de día, mi familia y las demás que allí estaban empezaron a sentir hambre y salieron en búsqueda de alimentos, pero las bodegas no vendían más que gaseosas y galletas, pues sus dueños querían guardar alimentos. Y así, aunque parezca difícil de creer, solo alimentándose de gaseosas y galletas, pasamos varios días intentando rescatar nuestras cosas. Los picseños de ese sector, que admirados veían a su pueblo convertido en un gran lago marrón con pe-



queñas huacas y zonas altas invadidas por mucha gente, no se quedaron tranquilos y buscaron una manera de solucionar el problema. Se dieron cuenta de que el agua estaba empozada porque no tenía a donde ir. Usando palanas y picos rompieron una pista que servía como una pared de embalse, que no permitía que el agua saliera del pueblo. Y así, con mucha fuerza e ingenio en un trabajo comunitario donde participó mi padre, los picseños lograron sacar mucha del agua estancada la primera mañana después del desastre.

Mientras los varones hacían esfuerzos para romper esa pista, mi madre y otras señoras se organizaron e hicieron ollas comunes, donde todos cocinan en grupo, dando un poquito cada uno para aminorar el hambre que sus esposos e hijos pasaban.

Después de unos días llegó el Presidente de la República, la Cruz Roja y muchas personas que trajeron mucha ayuda a Picsi: alimentos, medicinas, abrigo y carpas para dormir seguros.

Sin embargo, el sufrimiento era grande. Muchos habían perdido sus casas y solo tenían la ropa con la que estaban el día del desastre. Y qué decir de las enfermedades: hubo conjuntivitis, cólera y muchas más. Los insectos se apoderaron del pueblo y tuvieron que fumigarlo pues las plagas eran desesperantes y traían más enfermedades.

Cuando Picsi finalmente se secó, descubrimos que nuestra casa no se había caído porque era de ladrillo y pudo resistir, pero la mitad del pueblo desapareció. Durante varios meses persistió un olor a barro podrido insoportable.

Quizá algunos se pregunten, porqué no aparezco en la historia que estoy contándoles. ¿Quieren saber un secreto?, ¡yo no había nacido! Todo esto me lo han contado mis padres. Todo para que aprenda lo importante de no confiarse de la lluvia, para que no piense que el pueblo hermoso en donde vivo es producto de la suerte, si no que es fruto del trabajo y la ayuda de muchas personas que lo reconstruyeron. Me siento orgulloso de ser representante de la niñez picseña, aquella que nació después del desastre: la esperanza de mi pueblo.

Lluvias de verano



Marianela Cúneo Bravo

Seudónimo: **Orquídea**

Tercer grado de educación secundaria

Institución educativa 10157

Mórrope

Era una noche muy oscura y calurosa. Solo se podían observar los relámpagos que iluminaban el inmenso firmamento y al pueblo asustadizo que se refugiaba en sus casas, escuchando ensordecedores truenos que estremecían hasta las piedras.

Mi abuelita y su familia estaban temerosas por lo que estaba sucediendo, ya que jamás se habían visto relámpagos y mucho menos escuchado truenos. De pronto, sucedió lo inevitable, empezó a llover cada vez más intensamente. Conforme el tiempo pasaba, tenían la esperanza de que la lluvia se detuviera, pero no, parecía que el cielo se había abierto completamente, como queriendo desaparecer al pueblo, castigarlo tal vez por actuar mal. Las horas transcurrían y notaron que las paredes de su casa se comenzaban a rajar, puesto que por esos años las viviendas eran construidas de adobe y no estaban preparadas para resistir tanta lluvia. La familia se vio obligada a abandonar la casa que con tanto esfuerzo y sacrificio habían levantado y decidieron protegerse en la casa de la tía María, que estaba muy cerca.

La casa de mi abuelita se iba cayendo poco a poco ante su mirada atónita e impotente, no pudiendo hacer nada para evitar perder su hogar. Esa fue la noche más larga e inolvidable de sus vidas. Un amanecer desolado y triste, uno de los tantos amaneceres de ese trágico verano, lleno de inundaciones, sequías, plagas de zancudos, moscas, grillos y de muertes. Incluso nuestra familia se vistió de luto, pues mi tío Lucho perdió la vida intentando transportar a unos viajeros en una improvisada balsa hecha de cilindros sellados. Él había amarrado tablas cruzadas encima de los cilindros, que desgraciadamente no resistieron las torrentosas aguas que lo arrastraron hacia el olvido.

Algunos pobladores lo perdieron todo, viéndose obligados a migrar a otros lugares. Muchos tuvieron que refugiarse en los médanos y zonas altas, levantando carpas con frazadas, plásticos y mantas; sin mayor abrigo, comida o agua.

Lo que sucedió durante aquellos meses fue terrible y las personas que lo vivieron aún lo recuerdan claramente, pues quedaron tan sorprendidos que hasta ahora se preguntan cómo pasó todo, cómo no lo notaron a tiempo para prepararse y prevenir el desastre.

Las desgracias venían una a una. Mi anciana abuela me dijo que el desborde de los ríos Motupe y La Leche destruyó hectáreas de cultivo, árboles frutales, carreteras, etc. Se veían pasar en las aguas animales ahogados y enseres que fueron arrastrados por las fuertes corrientes. Los pocos animales que sobrevivieron también murieron debido al repentino cambio del clima y la falta de pastos y comida. Mi abuela me contó también que la laguna La Niña, en Mórrope, se inundó y desbordó, haciendo un contacto con el mar, mezclándose las aguas, pero que eso de alguna forma alivió la hambruna, pues se pobló de pescados.

Los víveres escaseaban debido a que las tiendas y bodegas cerraron, puesto que los abarrotes que debían vender les servían a sus dueños para subsistir o para venderlos a elevados precios. Por eso, la familia de mi abuela y muchas otras se vieron obligadas a endulzar las bebidas con caramelo o chancaca y hacer largas colas para recibir algo que los dueños de los camiones de transporte cargados de mercancías regalaban, ya que no podían cruzar la carretera destruida.

Todo esto conllevó un incremento en la fe entre pobladores creyente y algunos no creyentes. Iglesias y templos recibían fervorosos fieles y la Santísima Cruz de Pañalá fue sacada en procesión, con la esperanza de que nuestro Señor se apiade y mitigue el desastre.

Sin embargo, mis padres me contaron hace poco que no todo fue tragedia, pues los lugareños recibieron ayuda del gobierno. Municipalidades e instituciones caritativas donaron carpas, frazadas, alimentos, calaminas, etc. Además, gracias a la creatividad e ingenio de los morropanos, se pudo aliviar la necesidad económica mediante la venta de comida y bebidas a los viajeros que hacían trasbordo a otras ciudades del interior del país.

Quizás si las autoridades y pobladores hubieran tomado medidas de prevención, formando brigadas y comités de defensa civil, la tragedia no hubiese sido tan fuerte para Mórrope.

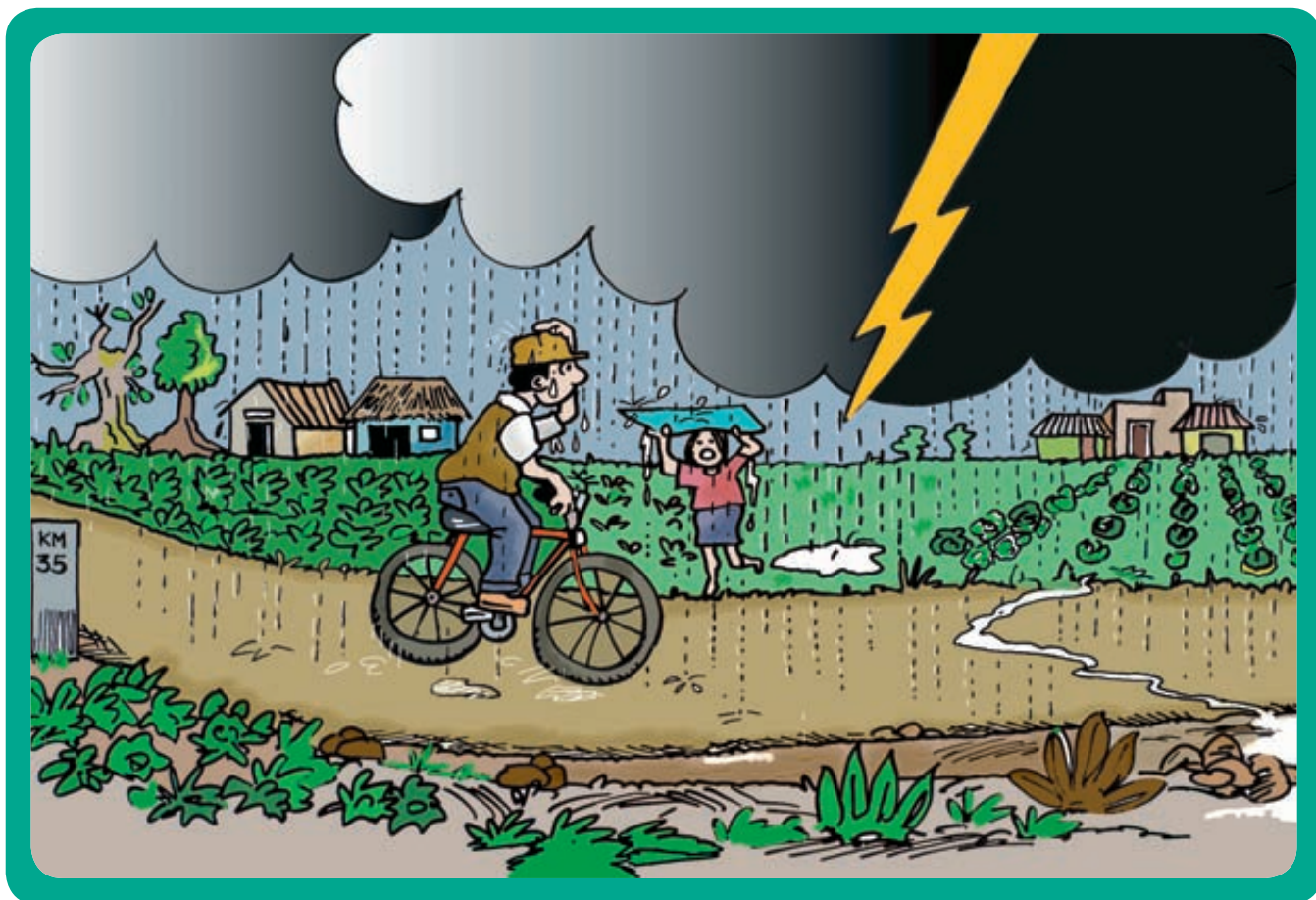
Yo no lo recuerdo, pero desafortunadamente este fenómeno se volvió a repetir el año 1998. Un sábado 14 de febrero, según dice una vieja revista que leí, una torrencial lluvia se inició a las tres de la tarde, y terminó en la madrugada del domingo, destruyendo lo que con tanto



esfuerzo la población y autoridades habían construido, como estructuras de concreto armado y tramos revestidos de concreto de los canales Lazaque y Serquén.

Nuevamente las carreteras se interrumpieron, pero los caseríos no se vieron afectados como en 1983 porque el gobierno hizo un desvío de las aguas del río Motupe, y su corriente tomó otro curso. Definitivamente la experiencia de 1983 dejó una gran lección, nos queda reflexionar y tomar conciencia de que la naturaleza también sabe castigar y debemos estar preparados para no volver a sufrir lo que con tanta tristeza y dolor recordaba y me relataba mi abuelita.

Lluvia de amor



Alejandra Latorre Santa Cruz

Seudónimo: Meche

Quinto grado de educación primaria

Institución educativa 10120

Picsi

Era el 14 de febrero y ese día los jóvenes de Picsi se preparaban porque era el día de San Valentín, y se iban todos a celebrar, en un baile popular, el día del amor y la amistad.

Y por esos días, María, Elky y sus amigos acordaron ir un baile y todo ese día se la pasaron escogiendo su mejor ropa y ayudando en sus respectivos hogares a sus padres, para que, una vez terminadas las tareas de casa, obtuvieran el permiso para ir al baile.

Lo que pasó es que en esa época, a pesar de que llovía fuertemente y que los noticieros anunciaban que el Fenómeno El Niño había llegado al norte del Perú, en mi pueblo las personas no se prepararon para enfrentarlo. Nunca se hicieron simulacros de inundación como los que se hacen ahora en mi escuela, ni tampoco se repartían volantes indicando cuáles eran las zonas seguras por si sucedía una inundación.

Y entonces, en el día de San Valentín de 1998, ocurrió algo muy triste que los jóvenes de mi relato, María y Elky nunca olvidarán.

Comenzó una lluvia muy fuerte, más o menos a las cuatro de la tarde. Elky se encontraba trabajando en la construcción de una casa en el distrito de Tumán. Como la lluvia no paraba y no dejaba que los trabajadores siguieran con sus tareas, todos decidieron volver a sus casas. Elky, montado en una bicicleta, regresó a Picsi, mientras miraba asombrado por primera vez una tormenta que hacía ver relámpagos en plena tarde.

Al llegar todo empapado a Picsi, se dio cuenta de que las calles se empezaban a llenar de agua y ayudó a sus familiares a colocar sacos de arena en la entrada de su casa para que el agua de afuera no los inunde.

Al mismo tiempo, María, que vivía con sus tíos, viendo que el agua de la lluvia había inundado las calles y empezaba a ingresar a su casa, botaba el agua, barriéndola con escobas, pero sus esfuerzos fueron inútiles porque en unas pocas horas toda su casa estaba inundada.

Después se hizo más oscuro. El agua empezaba a subir y la lluvia no se detenía, los relámpagos iluminaban la calle y se podía observar cómo el agua se llevaba flotando enseres de las casas, zapatos, galoneras, etc.

María y sus tíos, al darse cuenta de que la lluvia no paraba, decidieron refugiarse en la Iglesia del pueblo, porque estaba en un lugar alto. Pero cuando llegaron se dieron cuenta de que estaba llena de gente. Mucho antes que ellos, habían llegado otras personas que, como no estaban preparadas para una inundación, no sabían que solo se debe huir a una zona segura con lo necesario. Entonces, la iglesia se convirtió en un lugar lleno de refrigeradoras, cuyes, gallinas, televisores, camas y mucha gente que no sabía qué hacer.

Al no encontrar espacio, María y su familia solo pudieron refugiarse en el cementerio de Picsi. Nuestro cementerio es distinto a los demás, es una huaca muy grande y alta. Por eso había mucho espacio y muchas personas se refugiaron en él.

Cuando María llegó al cementerio, se encontró con Elky, quien también se había refugiado ahí con su familia y les enseñó un lugar que todavía no había sido ocupado. Allí María y sus tíos, con lo que tenían a la mano, como plásticos, cartones y palos, construyeron un techito que los protegió de la lluvia y el frío hasta el día siguiente.

Desde el cementerio, cuando amaneció, se podían observar a personas en otros refugios como la huaca Alto Perú, la carretera que va de Chiclayo a Ferreñafe, una zona alta que ahora se llama Monte Alegre, etc.

Todos los picseños, ya ubicados en el cementerio, empezaron a sentir mucha hambre y hubo un problema, cada quien buscaba alimentos para su familia y no se apoyaban unos a otros. El desastre los había hecho olvidar la solidaridad.

Pero entre tanto egoísmo, dos jóvenes que se apoyaban mutuamente: eran Elky y María. Él, muy valiente, fue a la casa inundada de María y ayudó a rescatar las pocas cosas que se po-



dían salvar, y en los primeros días después del 14 de febrero, cuando la familia de María había conseguido alimentos y la de Elky no, ella compartió un poco con él. En este contexto empezó a surgir un sentimiento muy especial entre Elky y María. Ambos se habían dado cuenta de que no todos se habían apoyado durante una desgracia como lo habían hecho ellos y su amistad se hizo más fuerte.

Después de algunos días llegó mucha ayuda de todo el Perú y también de otros países. Las personas se organizaron y formaron los primeros comedores populares. Llegaban constantemente trabajadores del gobierno central para traer medicinas, ropa, frazadas, etc. Además el ejército repartía carpas que fueron usadas por personas que perdieron sus casas.

A pesar de estar en un pueblo que sufría mucho, habían dos jovencitos que demostraban con sus acciones que eran buenas personas, ellos eran Elky y María, que no solo se ayudaron entre sí, sino ayudaron a otros. Elky, arriesgándose, entraba con sus vecinos a sus casas, algunas inundadas, otras medio derrumbadas, y los ayudaba a rescatar lo que pudieran. María, sin importarle su salud, estaba al lado de sus tíos, cuidándolos, porque se habían contagiado de cólera.

Elky y María se fueron enamorando, con el tiempo se hicieron novios, y finalmente se casaron. Poco tiempo después tuvieron una niña, que ahora tiene 10 años. Esa niña soy yo.

El velo oscuro de Islumesi



Isabel Mendoza Siesquén

Seudónimo: **Islumesi**

Tercer grado de educación secundaria
Institución educativa San Juan de Illimo
Illimo

Todo parecía un sueño. La alegría reinaba en un mundo creado exclusivamente para mí. No imaginé que un suceso común en épocas de inundación acabaría con los tesoros más preciados de la vida.

Recuerdo perfectamente aquel pueblito donde crecí y viví experiencias inolvidables, un lugar tranquilo rodeado de vegetación, donde el trinar de las aves alegraba cada día a las flores. Era un distrito pequeño pero significó un mundo en mi corazón. Fue el escenario para los hechos más lindos de mi vida.

Mi familia era unida, reinaban en mi hogar la paz, la comunicación y la felicidad. Mi padre, siempre sonriente, fue para mí un modelo de ejemplo, porque me enseñó a crear un jardín lleno de flores en mi imaginación. Cómo olvidar a mi madre, renegona pero alegre, siempre recordándome consejos ya memorizados.

Viví mucho tiempo alejado de la ciudad, estudié en un colegio muy humilde, pero aún así logré destacar en mis calificaciones. Cada vez que regresaba de la escuela siempre me acompañaba Rafael, un chico de 15 años, muy alegre, con unos ojos café muy resaltantes, labios color de rosa y una sonrisa radiante. Él era mi amigo desde hace tiempo. Me gustaba estar con él porque era siempre muy divertido y casi siempre me ayudaba a realizar tareas que no entendía, incluso me apoyaba dándome consejos cada vez que tenía problemas.

Todo era felicidad, los domingos íbamos juntos al río. Yo no sabía nadar, pero con su ayuda aprendí. Después de chapotear mucho tiempo en el agua, nos dirigíamos hacia las lagunas que se ubicaban al frente de su casa. Allí nos sentábamos a ver cómo se ocultaba el Sol. Sentados bajo un frondoso árbol, escuchábamos el trinar de las aves. Cuando empezaba a oscurecer, Rafael me acompañaba hasta mi casa. Al día siguiente, me esperaba para ir a la escuela.

Un día lo noté un poco extraño. Estaba triste, no veía la sonrisa en su rostro. Él corrió hacia mí y me abrazó muy fuerte. Llorando me dijo que partiría con su madre a la capital porque ya no soportaba los maltratos de su padre. No resistí la tristeza y empecé a llorar. Él me acarició el cabello diciéndome que fuese al lugar de siempre, pues tenía una sorpresa para mí.

Después de salir de la escuela fui al lugar indicado. Rafael estaba allí, sentado bajo el árbol, yo me acerqué muy despacio y lo vi sollozando. Lo abracé y le dije que siempre estaría a su lado, la distancia no sería un obstáculo para estar juntos. Él me miró fijamente y con un timbre de voz muy dulce me dijo, cogiéndome de la mano, que siempre debía ser feliz, que él estaría a mi lado siempre y yo lo sentiría en mi corazón. Yo contesté que solo sería feliz si él lo era. Fue en ese instante que cogió mi mano y me entregó dos medallas, una era para mí y otra para él, era símbolo de nuestro amor eterno: un corazón dividido. Luego de colocar el collar en mi cuello, me dijo: «Escucha esta canción, se llama ‘Eterna ilusión’, la escribí para ti», comenzó a cantar:

Eterna Ilusión

 Mi eterno amor es para ti,
 haberte conocido en un jardín
 lleno de flores y esperanzas para mí,
 desde aquel día que te vi
ahora que tengo que partir mi corazón clama mucho por ti
 y pide que me quede
 junto a ti, como aquel día que te conocí.
 Quiero que sepas, vidita de mi amor
que permanecerás siempre en mi corazón
 como una bella y eterna ilusión
 que flechaste mi tierna inclinación.
 La, la, la, laaaaaaaaaaaaaa

Después de un profundo abrazo nos despedimos y prometimos volver a vernos.



En el día de San Valentín del año 1998 me acordé de Rafael. Yo siempre había estado enamorada de él y me apenaba no tenerlo cerca pese a que ya habían pasado más de 15 años de no verlo.

De repente, dirigí la mirada al cielo y pude observar que estaba oscuro. A las 4 de la tarde escuché un fuerte trueno y de inmediato empezó a llover de una manera alarmante. Al sentir que era demasiado fuerte, decidí ir a casa, pues temía por mis padres que se encontraban solos. Llegué desesperada. La oscuridad de la noche no permitía observar con claridad lo que realmente sucedía. Cuando llegué, no podía creer lo que mis ojos veían. Una desgracia. Mi casa estaba inundada y una parte se había derrumbado. Pensaba cómo en tan solo horas el río logró desbordarse, arrasando con campos de cultivo y viviendas.

Vi a mi padre, que estaba debajo de una pared y mi madre se encontraba a pocos metros de él, sangrando, tirada en el suelo cerca de un corral. Desesperada, corrí hacia mi padre pero no pude rescatarlo porque la pared había cubierto su cuerpo totalmente. Mi madre, con voz muy débil me dijo, «¡Acércate, hija. Corre y pide ayuda. Si al volver no nos encuentras con vida, recuerda que siempre estaremos contigo». Le di un beso en la frente y corrí a pedir ayuda a mis tíos que vivían cerca al río. Por el camino encontré a don Pedro y desesperada le dije que mis padres se estaban muriendo. Él fue conmigo y al llegar a mi casa empezamos a levantar los montículos de tierra que cubrían el cuerpo de mi padre. Después de un arduo trabajo, logramos rescatarlo y yo me alegré, pero don Pedro me dijo que mi padre había fallecido. Mi madre también había muerto. Aquel fue el peor día de mi vida, había perdido a mis padres.

Todo estaba perdido. Este acontecimiento me afectó mucho, destruyó parte de mi corazón; pero también afectó a muchos caseríos como Culpón Alto, La Cirila, Sapamé. Incluso las caudalosas aguas del río La Leche arrasaron gran parte de los restos arqueológicos que se encontraban en los bosques de Pómac, las huacas Las Ventanas, La Merced, La Campana y La Cruz. No podía soportar ver a mi pueblo sufrir. El alimento era escaso, no había pan ni azúcar, los líquidos eran endulzados con miel de caña, chancaca o miel de abeja. Era un privilegio tener aceite. Al aumentar los precios, la gente empezó a cocinar usando mantequilla y manteca de chancho.

Yo pasé momentos difíciles. Me sentía sola. No había con quién conversar, estaba sola, pero rodeada de gente. Pensé en ir a visitar a mi amigo Rafael y fui al pueblo para comprar algunas cosas. Aprovecharía la oportunidad para coronar a mis padres. En el trayecto me encontré con la madre de Rafael y muy emocionada le pregunté por él. La madre me miró fijamente, con los ojos inundados de lágrimas y me dijo que Rafael había muerto en un derrumbe que hubo en su casa a causa de las fuertes lluvias. Me comentó que ellos habían vivido en una zona alejada de Lima, él estaba estudiando y había planeado venir a visitarme pero no pudo cumplir aquel sueño anhelado de estar junto a mí.

Me quedé pasmada y con la voz entrecortada atiné a darle mi más sentido pésame. Ella me dijo que él destacaba en el colegio, obteniendo siempre las mejores notas. Rafael había comenzado a cantar, era parte de un grupo musical. Ese era el sueño de Rafael, incluso prometió plasmar nuestra historia en una canción.

Su madre me invitó a su antigua casa, un lugar que trajo a mi mente lindos recuerdos. Allí me obsequió un disco que contenía un tema escrito por él. Yo no pude contener el llanto. Salí de la casa y me senté en una hamaca de red que estaba entre dos árboles. Allí recordé aquellos momentos cuando Rafael y yo escuchábamos juntos el trinar de las aves, veíamos el Sol ocultarse en las tardes doradas de primavera. Entré a su casa para despedirme, pidiéndole a Dios que bendijera a la señora. Ella me abrazó y me dio su bendición. Por el camino, pensé en lo triste que sería mi vida, pues solo viviría de recuerdos inolvidables. Todo era tan confuso para mí, los recuerdos venían a mi mente a cada segundo. Me mantenía con alegría la ilusión de haber sido una buena hija. Quería cumplir la promesa que hice a mis padres.

Hace una semana visité el caserío La Cirila, donde vivían mis abuelitos. Me dio mucha pena descubrir sus ojos inundados de lágrimas al verme llegar, pues ellos también fueron también víctimas de las tragedias que ocasionó el Fenómeno El Niño. Su casa fue destruida, sus animales se ahogaron, perdieron todo y vivían en un pequeño cuartito de esteras. Lograron sobrevivir gracias al apoyo de donaciones.



Luego de conversar con mis abuelitos, me despedí de ellos, les prometí volverlos a visitar. Mi papito, sobrenombre que usaba para llamar a mi abuelito, me abrazó y me dijo: «Hija, ya no estás sola. Aunque yo estoy viejo, siempre tendré fuerzas y esperanzas de vida para apoyarte». Mi abuelita me dio su bendición y me obsequió un rosario para que rezara cada vez que sienta que perdía la fe, encomendándome al Señor.

Luego de visitarlos, me dirigí a mi lugar favorito. Era un sitio de paz. Al llegar me senté bajo un frondoso árbol y contemplé la naturaleza. Todo era verde a mi alrededor. Saqué de mi mochila un papel y un lapicero, y empecé a escribir:

«Muchos temen que vuelva a ocurrir con más fuerza, ya han perdido lo suficiente. La angustia y el llanto han herido el corazón de todos. Sus miradas se dirigen a un horizonte lleno de miedo. La fe es un recurso escaso, luchar contra un fenómeno natural es difícil porque cada maniobra hecha al azar puede ser una jugada perdida.

Los distritos quedaron aislados debido al mal estado de las carreteras, el sistema de riego está destruido, los caminos parecen ríos. Han aparecido zancudos y enfermedades como el dengue y el cólera.

El Fenómeno El Niño sorprendió a mucha gente, pues el desastre ocurrió de noche. Algunos fueron sorprendidos durmiendo, a otros celebrando fiestas. A pesar de las diferentes situaciones, lo único que no varió fue la desesperación que dominó todas las mentes.

Amigos, esta historia deja huellas profundas en el alma: las pérdidas de nuestros seres queridos. Debemos estar preparados, prevenir estos fenómenos naturales, que muchas veces ocurren de una manera cíclica a través del tiempo. Por eso, debemos tomar conciencia, realizar simulacros de inundación, participando activamente en las brigadas, ya que así minimizaremos sus efectos. No permitamos que ocurran más tragedias, construyamos nuestras viviendas con bases resistentes y en lugares apropiados para contrarrestar los daños que puedan suceder a causa del Fenómeno El Niño».

Un hecho jamás olvidado



Geraldine Damián Chapoñán

Seudónimo: **Geraldine**

Segundo grado de educación secundaria

Institución educativa Federico Villarreal

Túcume

L

a tarde estaba nublada. De pronto, empezaron los truenos, relámpagos y rayos. ¡Plas, plas! Comenzó así de rápido y fuerte la lluvia. No era una lluvia común y corriente... era muy alarmante.

La gente comenzó a tener miedo, tanto que algunas personas que recordaban lluvias así llo-raban. La pista parecía un río y cada vez había más agua, el suelo estaba húmedo, con un lodo que no permitía ni caminar. Los carros chocaban y no se podía transitar. Toda la tarde estuvo así, hasta que llegó la noche. Lamentablemente en mi casa, mi familia se quedó dormida y no sintieron cuando comenzó a llover más fuerte... hasta que se vino la abundancia.

Logramos levantarnos gracias a nuestros vecinos, que tocaron fuerte la puerta. En mi casa había tanta agua que se veían flotando sillas, mesas y juguetes. Mi mamá se acordó de sus animales, que estaban en el corral y cuando los fue a ver, ya era demasiado tarde. Casi la mayoría se había muerto, especialmente los pavitos y pollitos chiquitos.

Mis padres y mis hermanos sacaron todo lo que pudieron de mi casa, aunque fue poco. Toda la gente hacía lo mismo. Esa noche nadie durmió. El agua pasaba con tanta fuerza que parecía un río.

El agua se llevaba los pollitos y los pavos de mis vecinos. Habían caído en una acequia, que se había transformado en un río, y mis vecinos nadaban para tratar de salvarlos. Lamentablemente la mayoría fue arrastrada por el agua y no sobrevivieron.

Al día siguiente se vieron las consecuencias. Se había borrado la acequia, una pared de mi casa se había caído, la casa de mi tío se cayó por completo, así como las casas de algunos vecinos. La mayoría de cosas que habían sacado ya no estaban. Nos quedamos casi sin nada. Fue muy triste, todo quedó hecho un verdadero desastre. El Fenómeno El Niño se llevó lo poco que teníamos. Tuvieron que pasar días, meses, años, para volver, poco a poco, a la normalidad.

No esperemos que haya muertes



Diego Nizama Burga
Seudónimo: Querubín
Quinto grado de educación primaria
Institución educativa 10120
Picsi

Cuando ocurrió el último Fenómeno El Niño, yo no había nacido. Sin embargo, les contaré lo que mi familia pasó, a través de sus recuerdos de ese desastre.

Las lluvias empezaron en el verano de 1998. No eran fuertes, pero sí continuas. Mi casa era de adobe, muy humilde, como muchas de las casas del lugar donde vivimos. Con las lluvias, las calles estaban siempre mojadas. Un día, el 14 de febrero, el canal Taymi se llenó y el agua se desbordó con fuerza, llegando a mi distrito.

Las calles se inundaron y las casas poco a poco se empezaron a llenar de agua. Toda la gente estaba aterrorizada. Mis padres y mis hermanos salieron de la casa, sacando rápidamente todo lo que podían, aunque fue imposible sacar todas las cosas. Lo más triste fue no poder salvar a los animalitos del corral. Los pobrecitos murieron ahogados y otros aplastados por las paredes. Algunas cosas fueron llevadas por el agua, mientras las paredes de mi casa empezaron a caer.

Al no tener donde ir, toda mi familia se refugió en el colegio Felipe Santiago Salaverry, junto con las demás personas que perdieron sus viviendas. La angustia que vivieron mis padres fue inmensa, ya que la preocupación que sentían no era solamente por la pérdida de la casa y las cosas que con mucho esfuerzo habían llegado a tener, sino también por sus demás familiares. Los padres y hermanos de mi papá vivían en el caserío El Horcón y no podía ir a verlos porque la pista se había llenado de agua. Felizmente mi papá logró comunicarse con uno de sus hermanos y le dijo que sus padres, es decir, mis abuelitos, estaban bien. El agua no había llegado con fuerza a su casa.

Sin embargo, la casa de la familia de mi mamá, que quedaba en Picsi, sí se perdió. Mi abuelito tenía dificultades para caminar, y gracias a la ayuda de un vecino, mi abuelita lo pudo sacar. No pudieron salvar casi ninguna de sus pertenencias.

Mi familia se quedó por algunos días en el colegio. Fueron días llenos de penurias, ya que no tenían qué comer ni cómo alimentar a mis hermanos. Ni siquiera tenían agua para tomar o luz eléctrica. Fueron momentos de tristeza, angustia y preocupación.

A los quince días de este suceso recién llegó la ayuda del gobierno, que ofreció alimentos a todas las familias damnificadas, pero aún la tristeza rondaba en mis padres. Así pasaron los días y las noches, y después de dos meses aproximadamente, el estado obsequió carpas a las familias que se habían quedado sin vivienda. Mi familia fue una de las que recibió esta donación. Después, mi padre empezó a construir la que pronto sería la nueva casa familiar. Aunque no era igual a la que tenían, ya que esta tenía paredes de esteras y como techo usaba la carpa que les habían donado. Pero las comodidades no importaban en esos momentos; lo importante era que ya tenían dónde vivir. No habían quedado desamparados.

Poco a poco la gente fue recuperándose de los impactos negativos que habían recibido del Fenómeno El Niño. Las cosas estaban volviendo a la normalidad y mi familia se sentía como si hubiera vuelto a nacer, ya que tuvieron que empezar desde abajo para salir adelante. Lo bueno, como dice mi padre, es que solo tuvieron pérdidas materiales y no humanas, y lo material se puede volver a conseguir. Con mucho esfuerzo, pero se consigue.



Superando el fenómeno de El niño



Vivian De la Cruz Panta

Quinto grado de educación primaria

Institución educativa Nuestra Señora de la Merced

Túcume

Me cuenta mi madre que cuando las lluvias destruyeron mi casa, aquí en Túcume, salimos a vivir al Alto Perú porque donde vivíamos era una zona baja donde se almacenaban las aguas de las demás calles durante la inundación. Buscamos una choza para vivir algunos meses hasta poder reconstruir nuestra casa. Perdimos algunos bienes y nuestros animales porque las calles estaban inundadas. Por fin, nos cobijamos en casa de un familiar donde hacíamos una olla común para alimentarnos y dormíamos juntos en una sala. No teníamos agua, ni luz, habían pocos alimentos y nos alumbrábamos con velitas.

Todos los vecinos nos apoyábamos unos a otros, sacando nuestros bienes, enseres y los animales que sobrevivían. Nos turnábamos para cuidar nuestras cosas, cargando arena para rellenar nuestras casas, para que secan rápido. También nos apoyábamos prestándonos alimentos y dinero, ya que algunos no tenían lo suficiente.

Fue una experiencia dura y difícil por los embates de la naturaleza, que ocasionaron pérdidas materiales y personales, pero hubo cosas positivas como la ayuda del gobierno, de las diversas instituciones, que evitaron que las epidemias escalaran, dieron asistencia médica, ayuda material con calaminas, mosqueteros, frazadas y nos ayudaban con desmonte en las calles. Sin embargo, el pueblo fue afectado, y eso significó que la pobreza aumentó, la desocupación, epidemias, etc.

Es por eso que debemos prepararnos antes, durante y después de las lluvias. Antes, acomodando los techos de nuestras casas, pidiendo a las autoridades apoyo con desmonte (arena), limpiando los cauces de los ríos, guardando menestras que nos sirven de alimentos en caso de emergencias. Durante, protegiéndonos de las lluvias cuando lleguen con mayor intensidad, desviando las aguas a través de pequeños drenajes hacia acequias del pueblo y después organizándonos con nuestras autoridades para lograr apoyo con materiales, víveres, medicinas y ropa para los damnificados, y lograr también el apoyo del estado y de las instituciones públicas y privadas. Solo trabajando juntos lograremos superar el Fenómeno El Niño.



Desastre en Túcume



Diana Vásquez Mamani
Cuarto grado de educación secundaria
Institución educativa Teresita de Calcuta
Túcume

Hace muchos años, en un pueblo llamado Túcume, la gente estaba contenta porque se aproximaba la fiesta de la Virgen Purísima de la Concepción. El Sol brillaba, los pajaritos cantaban y los niños jugaban, pero llegando la tarde el cielo se comenzó a oscurecer. Todo lo lindo se desvanecía poco a poco, solo se veía un triste cielo gris.

Comenzó una lluvia terrible que arrasó con todo, hubo muchas casas afectadas y mucha gente del pueblo quedó absolutamente sin nada. Lo que más llamó la atención fue lo que le sucedió a una familia en especial: una madre que entró a su casa corriendo a sacar a su bebé de su cuna, pero en el camino se resbaló y un palo que se había desprendido del techo la golpeó en la cabeza. Ella se desmayó y su esposo la encontró así, la cubrió con un plástico, y la puso encima de la mesa para ir en búsqueda de ayuda. Al volver, su mujer ya no estaba. Él la fue a buscar y la encontró parada en una esquina. Tomó a su bebé y fue en búsqueda de su mujer, pero ella actuaba indiferente. Su esposa había perdido la memoria. No lo reconocía.

Fue un choque terrible para el esposo. Después de que la inundación pasó, un grupo de jóvenes y señores llegó al pueblo para ofrecer ayuda. Esta familia en particular recibió muchas donaciones y apoyo para reconstruir su casa. Pero la señora seguía sin recordar. Era muy doloroso para su familia. Sin embargo, su esposo no se dio por vencido, y la sometió a un tratamiento médico, siempre rogando a la Purísima Concepción por su salud. Luego de unos meses, la señora recordó todo; recordó a su hijo y luego a su esposo. Ella estaba feliz con su familia y con todos sus vecinos por la ayuda que habían brindado.

Ahora, luego de tantos años, Túcume es uno de los pueblos del norte más visitados por turistas, porque a pesar de las desgracias personales como la que conté, se trata de un pueblo que siempre estuvo unido.





La Dirección de Educación Comunitaria y Ambiental (DIECA) del Ministerio de Educación es responsable de promover, reconocer y valorar los aprendizajes que se logran en las organizaciones de la sociedad civil, así como normar y coordinar la educación ambiental para el desarrollo sostenible, la conservación, el aprovechamiento de los ecosistemas y la gestión del riesgo y prevención de desastres.

COMISIÓN EUROPEA



Ayuda Humanitaria

El Departamento de Ayuda Humanitaria de la Comisión Europea brinda ayuda a millones de víctimas de catástrofes naturales y conflictos fuera del territorio de la Unión Europea. Esta ayuda se presta de manera imparcial, es decir con independencia de raza, grupo étnico, religión, sexo, edad, nacionalidad o convicciones políticas. Del mismo modo, la Comisión Europea, a través de su Programa de Preparativos para Desastres, (DIPECHO) financia proyectos para aumentar la capacidad de respuesta en caso de catástrofe y mitigar sus consecuencias en las regiones propensas a desastres. Para su ayuda humanitaria, la Comisión Europea colabora con cerca de 200 socios operativos incluyendo las agencias humanitarias de las Naciones Unidas, el Movimiento de la Cruz Roja y Media Luna Roja y organizaciones no gubernamentales (ONG).

So-
lida-
ridad

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Es una organización no gubernamental de desarrollo sin fines de lucro, integrada por profesionales con una visión crítica y plural. Su enfoque concibe el desarrollo como un proceso sostenido de realización humana, y lo promueve a partir de las iniciativas e intereses de los pobres del campo y de la ciudad, a quienes consideran gestores del desarrollo sostenible, en armonía con el medio ambiente y con relaciones sociales más justas y solidarias.



SOLUCIONES PRÁCTICAS
ITDG
Tecnologías desafiando la pobreza



Soluciones Prácticas - ITDG es un organismo de cooperación técnica internacional que contribuye al desarrollo sostenible de la población de menores recursos, mediante la investigación, aplicación y disseminación de tecnologías apropiadas. Tiene oficinas en África, Asia, Europa y América Latina. La oficina regional para América Latina tiene sede en Lima, Perú y trabaja a través de sus programas de Sistemas de producción y acceso a mercados; Energía, infraestructura y servicios básicos; Prevención de desastres y gobernabilidad local; y las áreas de Control de calidad, Administración y Comunicaciones.

www.solucionespracticas.org